

Título: LA NAVE DE BEN RAGEL

Autora: Carmen de Hita

“EL CAPÍTULO 14 HABLA DE LA NAVE Y DE LOS QUE VAN EN ELLA...”

La Escuela de Traductores de Toledo en la Corte de Alfonso X, el Sabio, emprende la traducción, al incipiente castellano de su época, de un importante y conocido tratado sobre astrología escrito en el siglo X por Alí Ben Ragel: El Libro Conplido en los Iudizios de las Estrellas.

El tercer libro de esta gran obra está dedicado, en su integridad, a la astrología horaria, y más concretamente su 14º capítulo trata de las preguntas relativas a los temas de la Casa IX: Sobre los hombres que viajan y visitan ciudades, sobre la llegada a ciudades extranjeras y como le irá allí al visitante, y también sobre la interpretación de los sueños, y los conocimientos reales que tienen los que se dicen alquimistas. En fin, sobre asuntos de Casa IX.

Los temas dedicados a la Casa IX nos hablan de los viajes, tanto físicos como mentales. Entre ellos, todos interesantes e increíblemente actuales, uno pintoresco: el que trata DE LA NAVE Y DE LOS QUE VAN EN ELLA.

En la antigüedad el viaje tenía, para los humanos, implicaciones mucho más graves y trascendentales de las que le damos en nuestra época. Viajar era sinónimo de aventura, los viajeros se internaban en esta experiencia llena de incertidumbre con desasosiego y una buena dosis de riesgo. No era para menos. Los mapas de los territorios conocidos eran muy imprecisos, los errores de cálculo, en ocasiones, enormes. No existían muchos caminos. Se hacía absolutamente cierta la frase de “se hace camino al andar”.

Pero, mal que bien, la tierra firme daba ciertas seguridades, a pesar de los animales salvajes que albergaban los bosques, y los salteadores y ladrones de todo estilo que poblaban los caminos.

La dificultad para adquirir información previa sobre los lugares que se iban a conocer (no había folletos turísticos) hacía que el viaje fuera un verdadero camino de conocimiento de lo imprevisible, tanto exterior, como personal e interior. El viajero, el aventurero, se enfrentaba a sus propias reacciones ante lo diferente y lo inesperado. A veces a costa de su sobrevivencia.

Pero si esto era verdad en tierra firme, ni que decir tiene que en el mar la aventura tomaba características mucho más extraordinarias. En las aguas del mar se añade a la aventura del viajero un especial matiz: su dependencia de la nave que lo transporta.

En tierra firme el medio de locomoción puede permitirnos viajar con más o menor comodidad a diferentes velocidades, pero en el agua, en las travesías marítimas, no se trata de velocidad o comodidad, el medio de locomoción se transforma en soporte imprescindible.

La nave transporta en su interior a los hombres, vinculando sus características y cualidades a las humanas. La sobrevivencia depende, entonces, de su correcto cálculo y construcción, de su preparación ante los elementos que deberá soportar, de su instrumental de navegación. Se trata de un mundo de coordenadas relativas y en movimiento. Es decir, ella debe estar preparada para sobrevivir a la aventura, al igual que los hombres. Es, en toda regla, un microcosmos.

La nave tiene identidad propia, recibe un nombre que la diferencia, y en su botadura, se festeja su “nacimiento”

Como otras importantes máquinas, la nave reproduce, a diferente escala, cualidades humanas. Su concepción es antropomorfa. Sus partes fundamentales responden a las partes del cuerpo humano relacionadas con la función que desempeñan. Es por ello sencillo realizar la traslación simbólica de las partes de un organismo vivo evolucionado a las partes de una nave.

Pero volviendo a nuestra travesía, en los siglos XVIII y XIX la ilustración permite el desarrollo de un nuevo concepto en los viajes marítimos: la exploración científica.

Surgen, entonces, un puñado de aventureros, exploradores y estudiosos de todas las ciencias que se lanzan a la persecución de los últimos rincones del mundo con el afán de desvelar todos sus secretos. Las expediciones científicas dan la vuelta al mundo en barcos cada vez más complejos y preparados. El instrumental se perfecciona, el avance científico y tecnológico permite concebir objetivos cada vez más ambiciosos, la fiebre por saber y descubrir se multiplica. Y los resultados son sorprendentes.

Cuando, a principios del siglo XX, la aviación comienza su desarrollo técnico, la navegación se transforma en un concepto más amplio, pero su espíritu permanece.

Un avión monoplaza, El Espíritu de San Luís, y un arriesgado piloto, Charles Lindbergh, sobrevuelan en 1927 las aguas del Océano Atlántico uniendo el Nuevo y el Viejo Continente sin escalas, y demuestran que la aventura de la nave no ha terminado, y es aún posible.

Pero los tiempos técnicos se han acelerado a la misma velocidad progresiva de los motores que impulsan nuestras modernas naves, de forma que los viajes comerciales en

avión han perdido, prácticamente, todo sentido físico de aventura (excepto para aquellos humanos que no pueden evitar su miedo visceral a volar, sensación casi prehistórica de la que participé, ya que yo soy de los que sienten que el vuelo debería estar reservado a los dioses).

Tanto se aceleró la velocidad de despegue que nos hemos salido de la atmósfera, y ahora andamos explorando por el cada vez más conocido Océano Espacial. De momento nuestras expediciones en Él son tímidas e insignificantes ante su inmensidad sin límites imaginables en nuestras mentes, pero tan solo estamos empezando. Y esta si que es una gran aventura.

Como en la nave de Ben Ragel, en la aeronave de nuestro tiempo podemos decir que...

“Cuando te pregunten acerca de alguna nave y quieras saber sobre su estado, qué va a ser de ella y qué fin tendrá, calcula el Ascendente, los ángulos y los planetas.

Debes saber además los signos que rigen cada uno de los lugares de la nave, de lo cual ya habló Ptolomeo. Dividida la nave entre los doce signos queda por saber a cuál le corresponde el bien o el mal cuando los hombres se encuentran en ella, si a Dios le place.

Dijo así: otorga Aries a la proa, ...morro de la nave y parabrisas (mascarón de proa).

Tauro a la zona adyacente que ya bate el agua, ... parte superior del morro (roda).

Géminis a los gobiernos de la nave, ...sistemas electrónicos de navegación y comunicaciones.

Cáncer al fondo, ...la panza.

Leo a la parte que flota sobre el agua, ...compuerta de carga y parte superior de la carlinga o cabina.

Virgo al vientre, ... bodega de mercancías (... y sentina).

Libra a la parte delantera que bascula sobre el agua, ...planos de sustentación y alabes de estabilización (amuras de proa).

Escorpión al sitio donde se halla el marinero, ...cabina de mando (camareta de proa).

Sagitario al propio marinero, ...miembros de la tripulación y pasajeros.

Capricornio a las sogas que haya en la nave, ...tren de aterrizaje, rampas de acceso (cabos y amarras).

Acuario al mástil ... timón de dirección y bordes de ataque (arboladura, palos y vergas).

y
Piscis a los remos, ...reactores de propulsión.

En cada lugar de los mencionados que hallares fortuna, o estuviese en él la Luna o el regente del signo de la Luna afortunado, puedes decir de él que habrá bienaventuranza. Y del lugar que hallares dañado, o que en él se encuentre la Luna o el regente del signo de la Luna dañado, podrá predecirse el mal y la fatalidad.

La Luna y el Ascendente son significadores de toda la nave en general y de sus estados. El regente del Ascendente es el significador de los hombres que hay dentro de ella, y...”

La disección antropomorfa propuesta por el autor del Libro Conplido asemeja la nave a un gran ser viviente que engulle a sus gobernantes, respira con ellos y funciona como un organismo autónomo ante el exterior.

Ben Ragel es riguroso en sus planteamientos y presenta otras propuestas, no tan sugestivas, pero según sus datos, prácticas, como por ejemplo la de Alquindi...

“Quien mejor habló sobre ello fue Alquindi, el cual dijo: analiza el Ascendente, siendo éste significador de la proa, la Casa VII la parte trasera de la nave, el Medio Cielo la parte superior y el Fondo del Cielo de la parte más inferior de la nave. Divide su lado derecho en cuatro partes iguales y el izquierdo en otras cuatro, de modo que estén dos partes de la derecha bajo el agua y otras dos por encima de ella, haciendo lo mismo para la parte izquierda.

De ese modo, la parte del lado derecho que se halla sobre el agua en la parte trasera, vendrá significada por la Casa VIII.

Del lado izquierdo, la que está por encima en la parte delantera, será significada por la Casa XII.

La zona diestra por encima y por delante, por la Casa II.

Del lado izquierdo, la que flota en la zona trasera por la Casa VI.

La izquierda bajo el agua en la zona trasera, por la Casa IX.

La diestra bajo el agua en la delantera de la nave por la Casa III.

La parte izquierda bajo el agua en la parte delantera, por la Casa V.

Y la diestra bajo el agua en la zona trasera, por la Casa XI.

..., y acertarás con Dios.”

En este caso, Alquindi disecciona la nave en otro concepto: la máquina. Las propuestas de Ptolomeo y Alquindi, bien merecerían ser ensayadas.

Reflexiona la autora sobre todo lo expuesto, y se sonríe imaginando métodos de prevención y diagnóstico de averías en las aeronaves modernas de instituciones como la NASA. Pero los retos son más reales y sencillos:

Diseñamos nuestras naves a nuestra imagen y semejanza; de nuestra propia esencia construimos el soporte de la aventura. De esta forma otorgamos a cada una de sus partes la energía de las nuestras. Ningún daño haría a los constructores y navegantes modernos conocer mejor este principio creativo de la condición humana.

Tendemos a reproducirnos en nuestros objetos.

De esta forma, al mismo tiempo que hacemos naves podríamos navegar en la aventura de nuestro conocimiento.

Como dice Ben Ragel ...y acertarás, si a Dios le place.